

---

JUAN MARCELO LEONARDI. *Imagen de Dios y vulnerabilidad. Aproximación desde el pensamiento teológico de Gustavo Gutiérrez y Lucio Gera*. Roma: Studium Edizioni, 2025, pp. 303.

---

El autor, Juan Marcelo Leonardi, es un sacerdote que pertenece a la Arquidiócesis de Resistencia, provincia de Chaco, Argentina. La obra a comentar se trata de la tesis doctoral presentada en 2025 en la Universidad Gregoriana, en Roma, titulada *Imagen de Dios y Vulnerabilidad. Aproximación desde el pensamiento teológico de Gustavo Gutiérrez y Lucio Gera*. Se trata de una introducción al misterio del ser humano, desde una constatación y perspectiva poco explorada, y que según el autor, resulta novedosa y desafiante (p. 117). El texto se encuentra dividido en cinco capítulos, junto con la respectiva introducción y conclusión. Además, se ha incorporado al final de cada capítulo una síntesis parcial, donde el lector cuenta con la ayuda que en dos o tres páginas tiene un resumen de los elementos y temas que más se destacan en el mismo. Con ello resulta más sencilla la continuidad de la lectura.

El primer capítulo, titulado *Vulnerabilidad humana*, realiza la aproximación y aborda el concepto principal de la obra, el de vulnerabilidad, ayudado por aportes que provienen del ámbito coloquial, de algunas ciencias y desde sectores de la filosofía. Intenta aportar luz sobre este concepto, permitiendo un adecuado uso del mismo, mostrando la cantidad de matices y derivaciones que posee y abriendo horizontes sobre la condición humana, especialmente desde su realidad histórica y de las relaciones que se tejen en ella. Gracias a esta profundización se puede observar como la vulnerabilidad tiene un sentido polisémico y ambiguo, que se irá explicitando en los capítulos siguientes. Asumir conscientemente esta ambigüedad en el concepto permite, por un lado, reconocer con serenidad una dimensión negativa y amenazante, y que es generalmente la connotación asociada inmediatamente al pensarse el tema, pero, por

otro lado, también valorar, y a veces descubrir, una dimensión positiva y enriquecedora. El autor resalta lo valioso de todo este esfuerzo, recordando que la persona seguirá siendo siempre un misterio, imposible de encerrarla en conceptualizaciones, esquematizaciones y definiciones que corren el riesgo de cosificarla y reducirla a uno o varios aspectos parciales.

El segundo capítulo, *Imagen de Dios y persona humana*, comienza con los dos autores fundamentales desde los cuales se progresará y profundizará toda la investigación. Desde una reseña biográfica, una síntesis de líneas de pensamientos y algunos ítems sobre el aporte que hacen a la teología, especialmente con los conceptos de pobre y cultura, son presentados los teólogos Gustavo Gutiérrez (Perú) y Lucio Gera (Argentina). Entrelazando ambos teólogos se desarrolla en este capítulo la dimensión personal e individual del ser humano, como creatura vulnerable, pobre, que existe por dádiva divina. Ello no es opcional, sino parte constitutiva. Por ello redescubrir la verdadera imagen de Dios que habita en

el hombre, como Dios lo soñó, y que se despliega especialmente en las cuatro relaciones fundamentales en la historia: con Dios, con los demás, consigo mismo y con el mundo, es profundamente humanizador. Dios mismo indica y transita el camino, haciéndose él mismo vulnerable. Los relatos de la creación en el Génesis y la vida de Jesús narrada en los Evangelios lo muestran. Se describen también cuatro aspectos que permiten adentrarse con mucho provecho y riqueza en la vulnerabilidad, que son la radical apertura, la flexibilidad, el límite y la afectabilidad. Y se alerta sobre lo que puede llevar a desfigurar la imagen de Dios y deshumanizar, como son el deseo prometeico de invulnerabilidad, el orgullo y la soberbia de bastarse a sí mismos, el egoísmo, el exhibicionismo, la opulencia, la rigidez, entre otras.

*Imagen de Dios y comunidad humana*, es el tercer capítulo, dedicado al aspecto social y comunitario. En este lugar la figura de Job, en el Antiguo Testamento, y el relato del Buen Samaritano, en el Evangelio de Lucas, nos sirven para continuar el camino investigativo. Job ilustra bien

como acoger la vulnerabilidad propia y ajena puede ser un espacio propicio para escuchar la palabra que el mismo Dios dirige a sus hijos y les permite conocerlo de un modo inaudito y novedoso. Tanto Jesús y el doctor de la Ley en el diálogo como el samaritano de la parábola, se dejan afectar siendo vulnerables y muestran que esto nos acerca a la real condición humana, nos hace prójimos, compasivos, nos lleva a asumir la finitud que se expresa también en el sufrimiento y que permite un estilo y modo de relación que va configurando un determinado tejido social. Este tejido social hecho de relaciones lo podemos denominar cultura, cuyo sujeto principal es el pueblo. Un pueblo que sueña eliminar todo tipo de vulnerabilidad, sea desde la tecnología, desde la legislación, desde la economía y política, arribará progresivamente a una cultura del descarte y la indiferencia, que deshumanizan. Un pueblo que reconozca que el ser humano es vulnerable por creación y que puede elegir hacerse vulnerable donando y entregando la vida, aceptando los límites, en actitud de apertura a la alte-

ridad, viviendo la flexibilidad y dejándose afectar, contribuirá a la plena realización de la vida personal en comunidad, recuperando el diseño original dado al ser humano: desplegar en la historia la imagen del Dios trino. Y podrá discernir y luchar contra aquellas vulnerabilidades que van siendo creadas, potenciadas y agudizadas por los mismos seres humanos contra sus propios hermanos, que deshumanizan a unos y otros.

El capítulo 4 *Esperanza y vulnerabilidad* desarrolla el estrecho vínculo entre antropología y escatología. Con una novedad que sorprende, el autor, además de expresar la esperanza cristiana en el Dios creador y salvador, invita a reformular la pregunta y redirigir la mirada. Propone preguntarse lo que Dios espera de la humanidad, que consiste en la verdadera realización de su creatura amada por sí misma, el despliegue en la historia de esa imagen que encontrará plenitud en la eternidad. Esa esperanza divina se concretiza con su acción de dar siempre el primer paso, creando y luego acercándose y dejándose afectar por su creatura. Incluso ante la

negativa humana es capaz de superarla con el perdón. En la plenitud del tiempo envía a su Hijo que se hace carne, se hace vulnerable, con una presencia cercana, discreta, tierna. Muere vulnerado y resucita. Los signos de vulnerabilidad, sus cicatrices y llagas, permanecen presentes y visibles aún después de la muerte, en su cuerpo resucitado. Y ese cuerpo vulnerado se hace alimento en la eucaristía para nutrir el caminar del ser humano vulnerable hacia su patria definitiva. Esta revelación de Dios expresa de modo sublime como el amor acoge lo distinto de sí, no busca apropiarse del otro, lo deja libre, con la posibilidad de ser herido, dañado y vulnerado por el fruto de sus manos. Dios lo hizo a su imagen. El ser humano, desde su libertad finita, puede negar esta condición, puede cerrarse, puede incluso “vulnerar” a su Creador, aunque nunca pueda anularlo. Sin embargo, esta decisión libre lo vuelve inhumano, impidiéndole desplegar su propia humanidad. Ocurre tanto en aquel que provoca lo inhumano como aquel que le toca padecerlo. Rechazar y negar su propia condición creada

no es ni más ni menos que un rechazo y ofensa al mismo Dios. La fe es el camino opuesto. La fe descentra al ser humano de sí mismo y lo abre a la confianza en Otro, que le donó por pura gratuidad la vida, el amor y la libertad. Le permite reconocer que es constitutivamente hecho desde afuera. Este acto es de «verdadera sinceridad metafísica» (p. 165). Esta perspectiva habita privilegiadamente en los más vulnerables, en los pobres y excluidos, con los que el Hijo de Dios se identifica. Y esta pequeña y frágil esperanza invita a ir abriéndose y a donarse en favor de los últimos.

El último y quinto capítulo *Vulnerabilidad en la dimensión de lo cotidiano* invita a observar el tiempo y el espacio donde se desarrolla habitualmente la vida del ser humano. Aquí se resaltan tres acciones que ocurren en esta dimensión, como son el comer, el saber y el amar, y que pueden afectar de un modo positivo o negativo la existencia humana. Lo cotidiano puede volverse monótono, repetitivo, habitual, ordinario, a ritmo de lo que no cambia, provocando hastío y cansancio vital. Sin embargo es

el tiempo privilegiado para que Dios irrumpa, desde la novedad, transformándolo y transfigurándolo. La Eucaristía, como ritual diario, desde elementos frágiles y vulnerables como el pan y el vino, hace presente el acontecimiento único y original, la Pascua, la vida plena, el alimento superior, la carne vulnerable del Hijo de Dios. Desde allí tenemos la certeza que el Amor es más fuerte que la muerte, que el pecado y el mal han sido vencidos, que todo hombre y toda su realidad está llamada a transformarse en Cuerpo de Cristo, el proyecto original del Padre que camina a la consumación definitiva. Esta gracia de Dios afecta al núcleo más íntimo del ser humano, abriéndolo desde adentro en su cotidianidad, permitiendo un saludable modo de relacionarse y habitar en el mundo, cuidando la creación, siendo y haciéndose vulnerable, dejándose amar y amando, siendo esperanza para los otros, dejando espacio para que emerja y se despliegue la realidad de los hermanos y hermanas, entregando y donando la propia vida y, principalmente, llamando a Dios Padre. El autor acentúa la providencia divina y

su gratuidad como claves para desplegar la vulnerabilidad humana, ilustrando como la vida humana se dinamiza desde la gracia que brinda la Eucaristía y la fraternidad. Desde la vulnerabilidad el mismo ejercicio del poder puede verse transformado, desde una distorsión generada por el deseo de posesión y dominio, con su idolatría del tener y poseer, a su verdadera imagen que es el crucificado, el vulnerable inerte, que desde allí ama hasta el extremo, desarma y vence definitivamente al mal. El verdadero poder está en el amor, que permanecerá eternamente. A los últimos, a los pobres, se les anuncia primero esta buena noticia.

El original y muy buen trabajo comentado, que se anima a profundizar en un aspecto fundamental de nuestra humanidad poco visitado por la teología, nos invita y orienta a ser más humanos. Cuestiona un modelo antropológico que resalta el éxito, la omnipotencia, los deseos de posesión y dominación exacerbados, la individualidad y la búsqueda de invulnerabilidad, que en síntesis es la tentación primordial de ser

como dios, sin dios y contra él. Este modelo nos aleja de nuestra verdadera imagen, que habita en lo más profundo de cada ser humano, y que no es otra que la del Dios Trino que es Amor, y que por amor se hace vulnerable. La teología puede brindar un valioso aporte desde aquí a la familia humana, para encontrar caminos de diálogo, de mayor fraternidad y de cuidado de la casa común. Durante el desarrollo de los capítulos van quedando pistas sobre otros temas conexos, que es ausplicable que puedan ser recogidas por otras plumas.

JUAN JOSÉ DELAROSSA